

ta no será una novela, sino una historia verdadera que he presenciado, y cuyos personajes V. conoce.

Por ventura se acordará V. bien de la *Quijotita y su Prima*, damas harto conocidas en esta capital. Pues la historia de estas madamas voy á escribir por complacer á V.

La una de ellas presenta todo el fruto de una educacion vulgar y maleada, y la otra el de una crianza moral y purgada de las mas comunes preocupaciones.

En el contraste de estas dos educaciones se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas el fruto de la lectura, que será ó deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito de buen obrar.

Si V. no quedare complacida, el defecto estará en mi corto talento, y no en mi decidida voluntad con que deseo servir-la y me ofrezco á su disposicion, como su afectísimo servidor que S. P. B.

El Pensador Megicano.

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA.

CAPITULO I.

En el que se da razon de quiénes fueron estas dos señoras, y de la primera educacion de ambas.

En una de las casas de esta populosa ciudad vivia D.^a Eufrosina Contreras, muger de D. Dionisio Langaruto, y hermana de D.^a Matilde, esposa de D. Rodrigo Linarte, coronel retirado de no sé que regimiento.

Estos últimos señores vivian pared en medio de la casa de D. Dionisio; pero tan inmediatas estaban las habitaciones, como distantes los genios de las hermanas y concuños; porque D. Dionisio era semi-jóven, rico y totalmente dado al lujo y á lo que dicen gran mundo; y el coronel va se acercaba á los cuarenta y cinco años de edad: su fortuna era harto mediana, y su carácter serio y cortesano.

El primero solo pensaba en el juego,

bailes, tertulias, modas y paseos; y el segundo, sin declinar en ridículo ni extravagante, se divertía sin disiparse, y se entretenía lo mas del tiempo que tenía desocupado, en la lectura de buenos libros.

Como las mugeres por lo comun siguen el ejemplo de los maridos, la Eufrosina era una petimetra ó curra de las últimas modas; su casa una perfecta sociedad de caballeros almidonados, y su vida un continuado círculo de diversiones y alegrías.

D.^a Matilde por el contrario; acostumbrada desde muy niña al reposo de su marido, se divertía grandemente con el cuidado de este y de su casa, y cuando quería desahogarse lo hacía con su clave, que tocaba diestramente.

Ya se vé que no por esto se entienda que su esposo era un mono que la privaba de otra clase de diversiones honestas. Nada ménos: ella tenía y correspondía sus visitas, y se franqueaba á cuantos convidados la hacían, especialmente á aquellos cuya asistencia prescribía la amistad y política; pero siempre en compañía de su esposo y nunca tratando de sobresalir en lujo; sencillez que la hacía mas estimable de las gentes sensatas.

Sin embargo de lo opuesto de los naturales de estas dos familias, se amaban con extremo, ya por los vínculos de la sangre, y ya por la prudencia del coronel y su esposa que jamas se oponían á sus hermanos, ni chocaban contra su gusto, ántes condescendían con ellos en cuanto no les era perjudicial, con cuyo arte cultivaban el cariño de día en día.

Tanto creció este, que no pudiendo sufrir las hermanas la separación de casas aunque tan inmediatas, trataron de que se abriera una puerta en la pared que las dividía, haciendo de este modo de las dos casas una, y facilitando el vivir juntas y separadas á un mismo tiempo.

Abrióse, pues, la puerta, y se estrechó mas la comunicación como era regular, y esta puerta me facilitó observar mas de cerca la conducta de ambas familias, porque yo pertenecía á la de D. Rodrigo con quien vivía por ser mi tutor.

Casi á un tiempo estuvieron grávidas las dos hermanas, y casi á un tiempo dieron á luz los frutos de sus vientres con la mayor felicidad, aunque estos no la lograron igual en el discurso de su vida.

D.^a Eufrosina despues que parió á su

hija, á quien pusieron por nombre Pomposa, la entregó al brazo secular de las tias y nodrizas, y no la volvió á ver hasta que la sacó á misa. Su mayor cuidado y conato fué curarse y fortalecerse con buenas gallinas y ricos vinos los dias que la preocupacion () señala de cama á las paridas.

Con tan semejante esmero se levantó famosa y rozagante, al mismo tiempo que su hermana D.^a Matilde tenia algo quebrado el color por razon de que criaba á sus pechos á su niña Pudenciana.

Entre las visitas de la casa no faltaban algunas señoritas que celebraban la robustez de Eufrosina, apoyándola el arbitrio de no criar á sus hijos. Haces muy bien, niña, la decian, haces muy bien de no criar á tus hijos. Yo así lo hago, y ya ves qué buena salud gozo despues de haber parido ocho muchachos.

Con razon, decia otra: yo pariera veinte y no criara uno; porque la crianza aca-

(*) *La preocupacion consiste en que sean precisamente cuarenta dias de cama y no mas ni ménos. cuando este tiempo se debiera ordenar segun la constitucion y robustez de la paciente, y no segun una rutina que interrentó el chiqueo y no la necesidad.*

ba á las mugeres, y por fin no es moda ni se quedan estas cosas para las personas de nuestra clase, sino para las pobretas y gente ordinaria. Ya se vé que sí, decia otra. ¿Qué dijera la marquesa Tijereta, ni la Tremenda ni otras señoritas que visitan esta casa, si vieran á Eufrosina criando á su hija como una chichi alquilona? ¡Jesus! ni pensarlo, decia una chatilla remilgada. A mí nada me va ni me viene; pero se me coge el corazon de ver á tu hermana Matilde cargando al nene todo el dia, y este chupándole la mitad de la vida; no envalde está la pobre tan descolorida y flaca que parece gato de azotea. ¿Qué ordinario y qué mezquino debe de ser el viejo de su marido!

Yo harto me mortifico de estas cosas, respondi. Eufrosina: harto le decimos á D. Rodrigo, y aun nos hemos ofrecido á pagarle la chichi; mas no hay forma de entrar por el aro, siempre nos sale con que es obligacion precisa de las madres; que la que no lo hace así no merece este nombre, y otras tonterías semejantes.

Si lo creo, decia la chata: si vieras que trabajo me costó imponer á mi marido á que pagara chichiguas para sus hijos, ¡oh!

eso fué mucho. ¡Sobre que el señor mio estaba acuñado á la antigua, y presumia de muy filósofo y racional! ¡Qué sermones me echaba! qué comparaciones me ponía y qué cuentecillos me hacia leer! pero no le valió. Mi constante respuesta era decirle que todas estas eran faramallas, vejistorias y arbitrios de mezquinos: que yo era una señora decente, y era muy mal visto en las de mi rango esa clase de trabajo y tarea, propia de la gente ruin y miserable, y que por último, yo estaba resuelta á ahogar á los muchachos ántes que permitir que ellos me exprimieran la última gota de mi sangre.

Cuando mi marido oía semejantes razones, hacia del enojado y se marchaba á la calle. Me acuerdo que en mi primer parto en una de estas, se fué y no vino hasta la noche sin traer chichigua, creyendo que yo me habia de ablandar á los gritos del muchacho; ¿pero cuándo? El lloró hasta que se cansó sin querer tomar la leche que le daban las criadas, mas no probó la mia. Ello hubo en casa la de sanquintín cuando lo supo mi marido, pero yo continué seguirme con la mia y que lo criara una negra retobada como el diablo, y creo

que gálica, por señas que el niño se murió á pocos dias medio podrido, y desde entónces ya mi marido tiene buen cuidado de buscar chiches robustas á sus hijos.

Algunas de estas conversaciones pasaban delante de D.^a Matilde, y esta sencillamente las referia á su marido, quien la decia: Hija, no hagas caso de las producciones de esas locas. El ídolo que adoran es su carita, y con tal que esta no desme rezca, poco cuidado se les da de atropellar las leyes de Dios y de la naturaleza.

Mucho y bien han declamado los sabios contra este abuso; pero nunca lo bastante para exterminarlo de las sociedades....

A este tiempo tocaron la campanilla de la escalera: abrieron el porton, y entró haciendo un terrible ruido con las espuelas precipitadamente á la sala seguido de una vieja, un payo con su mangota embrocada, su paño de sol en los hombros, sus botas de campana y dos perritos en las manos, y sin quitarse el disforme sombrero dijo: Ave María, Señor amo.... ¿Qué es esto, Pascual? le preguntó el coronel: ¿qué te ha sucedido, qué tienes que te vienes ahogando?

¿Qué he de tener, señor, decia Pascual

mercé, que desde anoche se jué la chichi y no se jalla otra ni por Dios ni por sus santos, y por eso lloraba el niño; porque como la leche de mi ama esta retesa, no se la puede dar porque se empachará el probecito. ¡Mire qué caso! decia Pascual, y ¿quén la ha mandado que la deje retesar? ¿porqué no le dió de mamar dende los principios, que á fe que no se le retesara? ¿Qué cuentas tengo yo con eso, replicaba la vieja: acaso yo la mando ó es mi hija? Pero, señor, la probe de mi ama le viene tanta leche, que por mas remedios y porquerías de la botica que le mandan los médicos, no se le puede retirar, y por eso cada rato es menester que los perros le vacien los pechos; ya se vé, que es tan enferma la probe señora....

¿Qué enferma ha de ser? respondia Pascual: si la viera mi amo qué colorada está y mas gorda que un marrano capon, y con dos tetas tamañotas, que á fe que para vaca chichigua valia un dineral: mañosa será ella, que no enferma. Muy rala será la muger que no pueda criar á sus hijos por enferma. ¡No mira á mi ama D.^a Matildita como está criando á su niña y no se enferma?

Pues en fin, yo no vengo á chismes ni averiguaciones, decia la vieja: déme V. mis perros, y acabadas cuentas, que Dios sabe los pasos que me cuesta andar la seca y la meca en busca de los perros, y ansi haberlos, que ya me voy y se me hace malobra.

Pues yo no doy los perros, es gana, decia Pascual: dos tigres le diera yo para que le comieran los entresijos á su ama por verduga de su hijo; y ya se puede ir de aquí la señora alcahueta de los perros, porque si no, por vida mia que colicencia del amo le he de cortar las orejas con este cuchillo. Diciendo esto, se sacó de la bota un puñal, y amenazó á la vieja con tan buen aire de enojo, que la pobre huyó mas que de paso, rezongando sesenta retobos y desvergüenzas contra el payo; pero iba tan de prisa que por poco tira á su amo, que á este tiempo iba entrando por la sala, el cual se quedó sorprendido al ver á Pascual con los perros en una mano y con el cuchillo en la otra amenazando de muerte á su cocinera.

Apénas D. Rodrigo advirtió por algunas palabras sueltas que aquel caballero era el esposo de D.^a Liduvina, cuando ha-

ciéndole tomar asiento, lo satisfizo con toda urbanidad del desacierto de su criado Pascual. A lo que el caballero dijo: Ya yo veo que este buen hombre ha hecho esto por amor de mi hijo, lo que es de mí agradecer. Tambien le tengo dicho á Liduina que se ponga en los pezones botellas con agua caliente, y no perros, que puedan darle una mordida y costar caro; pero ella no entra por el aro. Está decidida por los perros, porque dice que estos chupan breve y no con la broma de las botellas.

¿Pero no fuera mejor, decia el coronel, que la señorita criara á su niño, supuesto que tiene tanta y tan buena leche? Seguramente en este caso el niño se criara mas sano y robusto, y se ahorrarán VV. de médicos, boticas, nodrizas, perros y botellas.

Es verdad, reponia el señor de los perritos: pero ¿qué quiere V. S. si es menester condescender con las mugeres? Como yo estoy recién casado y la mia es joven y bonita, trata de cuidarse y es preciso darle gusto. Si fuera fea, seguramente yo no me meteria en tantos cumplimientos: (*) ella criara á sus hijos ó

(*) Es una observacion. Pocas desairaditas por la

no los criara; pero es de mérito, y es menester cuidarla. Ahora mismo me mandó por los perros, y me ha de hacer V. S. favor de que los lleve, porque si nó habrá en casa una del demonio.

El coronel no quiso contestar mas con aquel neçio; y así mandó en tono de amor á Pascual que diera los perros á aquel señor, pues cada uno sabia lo que habia de hacer en su casa.

Pascual con alguna repugnancia volvió los perros, y el interesado los entregó á la vieja, que los recibió con mil manos, y llenándolos de besos les decia: ¡Ay hijos de mi alma, y en qué grandes peligros se han estado!

Acabada la ridícula ceremonia de la vieja, los envolvió en su rebozo, y amor criada se despidieron del coronel y de su esposa, pero no del payo, que los miraba con ojos encarnizados. Por fin se fueron, y de este modo acabó la graciosa aventura de los perritos de leche.

Luego que los de casa estuvieron solos,

naturaleza tienen chichiguas que críen á sus hijos; así como pocas bonitas con tal cual proteccion dejan de tenerlas. ¿En qué estará eso?

el coronel hizo sentar á Pascual, y encaminando la conversacion á su muger, la dijo: ¡Ves confirmado lo que te acabo de decir, de que es difícil exterminar este abuso de las sociedades que llaman cultas? El es tan antiguo como funestas sus consecuencias. En la historia romana se cuenta que siendo dictador Cornelio Scipion, cometieron un grave delito unos oficiales de guerra por el que fueron condenados á muerte. Se empeñó lo principal de Roma para conseguirles el indulto; mas fué en vano; el juez estaba inexorable. Se empeñó su hermano de Cornelio, y nada pudo conseguir. Ultimamente, y por no dejar diligencia que hacer, interesaron para el mismo empeño á una hermana de leche del dictador, y apenas esta rogó por los delincuentes, cuando fueron declarados por libres. Esto no pudo ménos que agraviar á su hermano, quien manifestó su queja á Cornelio; pero este se disculpó diciéndole: Hermano, te aseguro que yo tengo por mas madre á la que me crió y no me parió, que á la que me parió y al instante me abandonó á agenos brazos, pues esta no es verdadera madre; y pues solo á la que me crió tengo por madre,

justo es que á esta la tenga por verdadera hermana y muy amada.

Con tan oportuna respuesta quedó reprendida la conducta de la madre, vengado el hijo, premiada la nodriza, satisfecho el hermano, y callada la murmuracion de los que no comprendian este misterio.

De los dos Gracos, famosos romanos, se lee tambien que tuvieron un tercer hermano bastardo muy valeroso y afortunado en la guerra, el cual viniendo triunfante de la Asia, entró en su casa, y hallándose en ella á su madre y á su ama de leche, ó chichigua, como acá decimos, regaló á la madre una cinta de plata, y á la chichi un joyel de oro y piedras finas. La madre se agravió por la desventaja; mas el la avergonzó diciéndola: No te admire, madre, el que haga esta distincion, pues tú solamente me cargaste en tu vientre nueve meses, y nacido me echaste de tus brazos, recogíendome en los suyos mi nodriza, alimentándome y cuidándome tres años con el mayor cariño. Mira si puedo decir que le debo mas que á tí. ¡Justa reprehension que debe escuchar la madre que con mucha robustez abandona á sus

hijos á otros brazos por el criminal motivo de no desmejorar su semblante!

Todavía no se ve en este reino, ni Dios lo permita, otra circunstancia mas cruel en el mismo caso, que se ha visto en otras partes, y es enviar los hijos luego que nacen, á que los crie la nodriza en una aldea ó pueblo léjos de la ciudad en que viven las madres, quienes no vuelven á verlos hasta que andan, hablan y comen por su mano. ¡Abuso excesivo, que ha sido causa de mil equivocaciones funestas, que despues nos han divertido en comedias ó tragedias.

Reinando Alejandro en Macedonia, siendo rey de los Epirotas Artabano, tuvo este un hijo, al que desterró á una aldea en poder de una chichigua. Algunos lo supieron, y sobornando á esta con dinero la hicieron tuviera en su casa á un niño hijo de un principal caballero, quien se llevó al hijo del rey á su casa y le nombró de hijo. En este error se mantuvieron los dos niños hasta que murió el rey padre y dejó por heredero al que creía que era su hijo, esto es, al que volvió la nodriza de la aldea. Iban ya á coronarlo, cuando la ama declaró que aquel no era

hijo del rey, sino el que tenia en su casta el caballero fulano. De esto resultaron dos partidos, y de ellos una guerra intestina tan cruel, que en ella se mataron los dos pretendientes á la corona en una batalla, que costó muchas vidas á los infelices ciudadanos.

Por este motivo estableció el Senado una ley por la que mandaba, „que todas las „mugeres criasen á sus propios hijos, y que „las princesas y señoras enfermizas criasen á lo ménos al primogénito.” Yo aseguro dice un autor español: (*) que no „dejará de haber algunos mayorazgos sin „hijos ni herederos, y que los legítimos „andarán, tal vez, vendiendo arena y ladrillo ó siendo peones de albañil. Lo „cierto es, que solo el que cria la madre „á sus pechos puede asegurar que es su „hijo, ó el que se cria en casa y siempre „á la vista.

Aquí no hay tanto exceso; pero yo he conocido mas de dos señoras que luego que paren, entregan el niño á la que se encarga de cuidar y criarlo, y no lo vuelven á ver hasta que anda. Tú conoces á tu hermana, no es necesario ir muy léjos.

(*) D. Estevan Colomer.

La enfermedad verdadera ó una causa legítima como la conservacion de la pública honestidad, excusan á las mugeres de criar ellas mismas á sus hijos. Una madre que no puede lucir el fruto de su vientre sin detrimento de su honor, ó una contagiada del mal venereo ú otra igual, no debe criar á sus hijos, está excusada de esta obligacion. Pero en este caso se debe pulsar con mucho tiento la cleccion de las nodrizas, y no dar al niño la primera que se halla á mano. „Cuando las madres no pudieren criar á sus hijos por alguna razon de primera necesidad, dice un sabio escritor de nuestra Méjico (*), juzgo que deben buscarse unas nodrizas virtuosas y con proporcion á la naturaleza del niño. Por lo que respecta á la pureza de costumbres, encarga S. Gerónimo que no sea vinosa, ni lasciva, ni patrañera. Plutarco y Ludovico Septalio quieren que las nodrizas sean de una complexion muy semejante á la de la madre; pero en especial que sean sanas y de buenas costumbres, apacibles, castas, sóbrias y afables. La l. 3 tit. 7 de nuestro código español dice:

(*) *El Lic. Barquera en los diarios de esta capital de Diciembre de 1816.*

„que deben darse á los niños amas sanas, „robustas é de buen linage, ca bien como „el niño se gobierna é se cria en el cuerpo de la madre fasta que nace, otro si „se gobierna y se cria del ama desde que „le da la teta, fasta que gela tuelle, é por „que el tiempo de la crianza es mas luen „go que el de la madre, por ende no puede ser que no reciba mucho del continente é de las costumbres de la ama.”

No está la naturaleza un punto ociosa; pero la tiranía de muchas madres frustran sus fines con notable daño de la humanidad.

„Las nodrizas deben ser de veinte á treinta y dos años; la leche no ha de pasar de cuatro á cinco meses: que no hayan tenido partos dificiles: que tengan, si puede ser, el pelo negro ó castaño; porque las rubias ó azafranadas suelen tener la leche agria, dice Ballejerd, quien quiere que no tengan mal olor en la boca, y la dentadura blanca y fuerte, pues esta es señal de buena linfa, y por consiguiente de leche muy buena.”

La leche para ser buena debe ser blanca, sin olor, y de poco sabor; no muy aguada ni muy espesa, sino de un medio racional, pues será mala la amarga ó sa-

lada, de color desigual, y muy espesa ó muy delgada....

Finalmente, del régimen de vida de las que crian depende generalmente la buena ó mala constitucion de los niños; pues se ha observado que aun las complexiones mas débiles y enfermizas se han restaurado con encomendarlas á una nodriza robusta y cuidadosa de sus obligaciones, lo que no se paga con ningun oro. Semerjantes nodrizas deberian ser premiadas con un lugar distinguido en las familias, y aquellos niños que se han alimentado á sus pechos debian apreciarlas como á segundas madres, cuando crezcan y se vean en unos puestos capaces de influir á sus comodidades con su proteccion.»

Por el juicioso discurso de este escritor advertirás que hay ocasiones en que es indispensable el saberlas elegir adornadas de las cualidades dichas, ó si quiere con las ménos tachas que se pudiere.

Esta indulgencia se extiende á las madres que por una causa legítima no pueden criar á sus hijos: no á aquellas que por nó acabarse, y por no ponerse descoloridas, buscan pretextos de debajo de la tierra, aparentando enfermedades que no tie-

nen, lo mismo que para no ayunar las que pueden; y lo peor es que se hallan médicos liberalísimos para lisonjear con su opinion el deseo de las pretendientes. ¡Pobres médicos! No obstante, si tú quieres.... ¡Ay! no, ni pensarlo, decia la amante Matilde. ¿Yo habia de abandonar á mi hija á otros brazos por no ponerme descolorida? Así entendiera morirme. Ella es mi hija, y el rato que la tengo colgada de mis pechos, la quiero mas que nunca. Es imposible que mi hermana quiera á Pomposa como yo á esta peloncilla de mi vida.

Diciendo esto la apretaba y la llenaba de besos con la mayor ternura; y el coronel rebotando la satisfaccion que sentia en estas escenas, abrazaba á su esposa y la decia: Tú sí eres verdadera madre, tú sí cumples con los deberes de la naturaleza. Ella, yo y tu hija tenemos en tí el iman de nuestras delicias. La naturaleza humana reconoce en tí un individuo suyo propio, yo una digna esposa, y tu hija una amante y verdadera madre, bastante á desempeñar este sagrado título.

Asi pasaron como dos años en la primera crianza de estas niñas, al cabo de los